

siempre favorablemente y las escucha, tanto aquellas que conciernen á los grandes é inmortales bienes de la Iglesia, como aquellas que se refieren á los bienes inferiores y del tiempo, útiles más aún á las primeras. Pues á estas oraciones Jesucristo, por sus propias oraciones y sus méritos, añade un peso y una gracia abundantes. "El que ha amado á su Iglesia se ha entregado por ella para santificarla, para mostrarse á sí mismo en su Iglesia gloriosa." El, que es el Pontífice soberano, santo, inocente, "siempre vivo para interceder por nosotros," y del cual sabemos por la fé que la oracion y la intercesion son siempre escuchadas.

En lo que concierne á los bienes externos y temporales de la Iglesia, ésta tiene que habérselas muchas veces, como es sabido, con terribles adversarios por su malevolencia y poder, que la usurpan sus bienes, restringen, y oprimen su libertad, atacan y desprecian su autoridad, la causan, en una palabra, toda clase de daños y malos tratamientos. Pero si se investiga por qué su maldad no va hasta el límite de las que intentan y se esfuerzan en procurarlas, fácil es conocerlo; pero, al contrario, la Iglesia, en medio de tantas vicisitudes, se muestra siempre con la misma grandeza y la misma gloria, aunque de una manera distinta, y no cesa de aumentar. La verdadera y principal razon de este contraste es ciertamente la intervencion de Dios solicitada por la Iglesia. Y la razon humana no explica tampoco cómo la iniquidad dominante queda encerrada en límites tan estrechos, cuando la Iglesia, estrechada por todas partes, no deja de triunfar de todas tan magníficamente.

Pero, esto es verdad, sobre todo, por lo que hace á los bienes superiores, por los cuales la Iglesia conduce inmediatamente á los hombres á su fin último. Pues es tal su mision que debe tener por sus oraciones, como grande por su influencia para el feliz cumplimiento del orden de la Divina Providencia sobre ellos; y así, los hombres que oran con la Iglesia, acaban por

merecer y alcanzar "las gracias que Dios Omnipotente ha decidido conceder ántes de los siglos" (quae Deus Omnipotens ante saecula disposuit donare. Santo Tomás II. II, q. 83, a. 2 ex 8. Greg. M.) El espíritu del hombre es incapaz de comprender en el presente los profundos designios de la Providencia; pero vendrá un día en que Dios mismo en su bondad quitará el velo á la razon y al encadenamiento de los sucesos, y entonces se verá manifestamente cuan grande ha sido la accion y la influencia de la oracion sobre los destinos de las cosas. Se verá también que de allí procede el que tantos hombres, en medio de la corrupcion de un mundo depravado se hayan mostrado puros é indemnes de "todas manchas de la carne y del espíritu trabajando por su santificacion en el amor de Dios" (II, Corintios VII. 1.); que otros estando á punto de dejarse arrastrar por el mal, se han detenido inmediatamente y han recibido del peligro mismo y de la tentacion un feliz aumento de virtud; que otros, en fin, que habían caído, han sentido en sí el impulso que los ha levantado y les ha echado en los brazos de la misericordia de Dios.

Habidas en cuenta estas consideraciones, conjuramos, pues, solícitamente, á los cristianos á que no se dejen sorprender por las astucias del antiguo enemigo y á que no desistan por ningun motivo del celo de la oracion, antes bien que perseveren y persistan *sin interrupcion*. Que su primera solicitud sea la del supremo bien y pidan la salud eterna de todos y la conservacion de la Iglesia.

Pueden, despues, pedir á Dios los demás bienes, necesarios ó útiles para la vida, con tal que se sometan de antemano á su voluntad, siempre justa, y le den gracias como á Padre bienhechor, ya conceda ó ya niegue lo que le pidan; que tengan, finalmente, la religion y piedad para Dios, que tan necesaria es y que los Santos tuvieron y el mismo Redentor y Maestro que clama y llora. (Hbr. V. 1.)

Hoy, pues, Nuestro ministerio y Nuestra

pastoral caridad desea que Nos imploremos de Dios, soberano dispensador de bienes para todos los hijos de la Iglesia, no solo el espíritu de la oracion, sino también el de la penitencia. Haciéndolo todo con Nuestro corazon, Nos os exhortamos igualmente á todos y cada uno para que practiquen ambas virtudes, estrechamente unidas entre sí. La oracion tiene por efecto sostener el alma, darle valor, elevarla hácia las cosas divinas: la penitencia tiene por resultado darnos el imperio sobre nosotros mismos, especialmente sobre nuestro cuerpo, lleno del peso de su antigua falta y enemigo de la razon y de la ley evangélica. Esas virtudes, como es fácil ver, se sostienen mutuamente la una á la otra, y concurren igualmente á sustraer y arrancar cosas perecederas del hombre nacido para el Cielo, y elevan al hombre á una especie de comercio celestial con Dios. Sucede, por el contrario, que aquel en cuya alma bullen las pasiones, cae en la malicia por las ambiciones, halla insípidas las dulzuras de las cosas celestiales y no tiene por toda oracion más que una palabra fría y lánguida, indigna de ser escuchada por Dios.

Tenemos ante los ojos ejemplos de penitencia de los Santos, cuyas oraciones y súplicas, como sabemos por los anales sagrados, han sido, por esta misma causa, extremadamente agradables á Dios y han obrado prodigios. Ellos arreglaban y domaban insesantemente su espíritu y su corazon; se aplicaban á sugetarse con plena aquiescencia y completa sumision á la doctrina de Jesucristo y á las enseñanzas y preceptos de su Iglesia; á no tener voluntad propia en cosa alguna, sino despues de haber consultado á Dios; á no encaminar todas sus acciones más que al aumento de la gloria del Señor; á comprimir y quebrar enérgicamente sus pasiones; á tratar con implacable dureza su cuerpo; á abstenerse por virtud de todo placer, por inocente que fuera. De esa manera podrán, con toda verdad, aplicarse á sí mismos estas palabras de San Pablo: "Nuestra conversacion está en el cie-

lo." [Phil. III, 20], y por lo mismo también, sus oraciones serán tan eficaces cerca de Dios, á quien imploran y suplican. Claro es que no todos pueden ni deben llegar ahí; pero las razones de la justicia divina exigen que cada uno, en espíritu de voluntaria mortificacion, castigue su vida y sus costumbres; y conviene mucho imponerse penas voluntarias en vida, para merecer mayor recompensa de la virtud.

Por otra parte, como en el cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia, estamos todos unidos y vivimos como miembros suyos, resulta, segun la palabra de San Pablo, que á la manera que todos los miembros se regocijan de lo que acontece dichosamente á uno de ellos, y se entristecen con el que sufre, así también los fieles cristianos deben sentir los sufrimientos espirituales ó corporales, los unos de los otros, y ayudarse entre sí todo lo posible: "Que todos los miembros conspiren igualmente al bien, los unos con los otros; así cuando un miembro sufre, todos los demás sufren con él; y si un miembro recibe honor, todos los demás gozan con él. Y vosotros sois el cuerpo de Jesucristo, y miembros los unos de los otros." (I Cor. XII, 25-27.)

En este modelo de caridad para el que quiere imitar el ejemplo de Jesucristo, que ha derramado con inmenso amor su vida para la satisfaccion por nuestros pecados, hay una exhortacion á tomar sobre cada uno de nosotros las faltas de los demás; hay también un gran lazo de perfeccion que permite á los fieles estar unidos entre sí y muy estrechamente también con los ciudadanos del cielo y con Dios. En una palabra: la accion de la santa penitencia es tan variada é ingeniosa y se extiende tanto, que cada uno, segun su piadosa manera y con buena voluntad, puede hacer de ella un uso frecuente y poco difícil.

En conclusion, Venerables Hermanos, Nos lisonjemos con vuestra ayuda, un feliz resultado de nuestras advertencias y exhortaciones, en razon de vuestra

insigne y particular piedad hácia la madre de Dios y de vuestra caridad y celo por la grey cristiana; y estos frutos que la devocion, tantas veces manifestada con esplendor de los católicos á María ha producido, se goza nuestra alma en recojerlos anticipadamente en gran abundancia.

Llamados por vosotros, en virtud de vuestras exhortaciones, y siguiéndoos, deseamos que los fieles, principalmente en el próximo venidero mes, se apiñen en rededor de los solemnes altares de la augusta Reina, y de la Madre llena de bondad, á fin de tejerle y ofrecerle, como buenos hijos, con la oracion del Rosario, que tanto la agrada, una corona mística. Además, Nos mantenemos y Nos confirmamos las prescripciones y los favores de la santa indulgencia acordada precedentemente con este motivo.

¡Qué hermoso é imponente espectáculo será en las ciudades, en los pueblos, en las aldeas, en tierra y en mar, en todas partes por donde se extiende el mundo católico, que esos centenares de millares de fieles asociando sus alabanzas y juntando sus oraciones, con un solo corazón, con una voz unánime, se reúnan para saludar á María, implorando y esperando todo de María!

Que por su mediacion se esfuerzen todos los fieles despues de haber rogado á su divino Hijo, en implorar la vuelta de las naciones que se han separado de las instituciones y principio del cristianismo que son fundamentos de salvacion para los pueblos y manantial de la verdadera felicidad. Que por su mediacion se esfuerzen en obtener, tanto más cuanto que este es el mayor de todos los bienes, que nuestra Madre la Iglesia, recobre la posicion de su libertad y pueda disfrutarla en paz; libertad que, como es sabido, no tiene otro objeto para la Iglesia que el de poder procurar á los hombres los supremos bienes. Lejos de haber causado jamás hasta ahora el menor perjuicio á los particulares ni á los pueblos, la Iglesia, en todo tiempo, les ha procurado numerosos é insignes beneficios.

Que por la intercesion de la Reina del Santísimo Rosario, os conceda Dios, Venerables Hermanos, los bienes celestiales, con los cuales aumenta y acrecienta de dia en dia, las fuerzas y los auxilios que necesitais para llenar las obligaciones de vuestro ministerio pastoral; que os sirva de augurio y prenda la bendicion apostólica que Nos os damos con toda la afecion de nuestra alma, á vosotros, al Clero y á los pueblos confiados á vuestro cuidado.

Dado en San Pedro de Roma el 22 de Septiembre, décimocuarto año de nuestro pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

NOTICIAS DIVERSAS.

Análisis de nuestro cuerpo.

Un sabio norte-americano ha tenido la paciencia de hacer una estadística de las cosas que tenemos ó que alojamos en el cuerpo.

El cuerpo humano—dice—contiene 150 huesos y 500 músculos; la sangre de un adulto pesa unos 15 kilogramos; el corazón tiene ordinariamente un diámetro de 15 centímetros; late 70 veces por minuto, 4,200 por hora y 35 792,000 veces en un año, y como cada latido desaloja 44 gramos de sangre, el desalojo de sangre en un día, es de 5,850 kilos.

La totalidad de la sangre del cuerpo, pasa en tres minutos por el corazón; nuestros pulmones contienen, en su estado normal 5 litros de aire; respiramos 1,200 veces por hora, gastando 300 litros de aire.

La piel tiene tres capas, cuyo espesor varía entre 3 y 6 milímetros; cada centímetro cuadrado tiene 1,200 poros; el largo total de los poros es de 50 kilómetros.

Sólo le faltó á este sabio haber contado los cabellos. Cuando nos dé la estadística capilar, podrá considerarse como el sabio más peliagudo que ha habido en el mundo.

DEFUNCION.

El día 2 del presente falleció en el Teul, el Sr. Cura D. Jesus Cárdenas.
R. I. P.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIÁSTICOS.

IMP. DE N. PARGA.-D. JUAN MANUEL, R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VI.

GUADALAJARA, NOVIEMBRE 22 DE 1891.

NUM. 70.

SECCION I.

DISCURSO

DE S. S. LEON XIII

A LOS

PEREGRINOS OBREROS FRANCESES.

“Queridísimos hijos: Grande es nuestro gozo á vista de esta tercera peregrinacion de obreros católicos franceses ante la tumba de los Santos Apóstoles. El recuerdo de vuestras peregrinaciones precedentes, amadísimos hijos, y de vuestra piedad, está aun enteramente fresco y vivo en Nuestra memoria y vosotros os presentais aquí más compactos que nunca agrupados en torno de Nos. Vosotros volveis, en nombre de vuestros numerosos compañeros guiados y presentados como las primeras veces por este digno y celoso Cardenal (Langénieux) tan afecto á vuestros intereses y acompañados de estos Sacerdotes y de estos piadosos seglares, que, como sabeis, son vuestros mejores amigos, siempre atentos á vuestras necesidades, siempre dispuestos á prestar sus servicios.

Este apresuramiento de la Francia cristiana á enviar á intervalos tan próximos legiones de peregrinos á la Ciudad Eter-

na para orar en sus santuarios y para recibir la bendición del Vicario de Jesucristo, llena nuestra alma de consuelo y esperanza. Cuando nada hay más consolador, en efecto, que ver á los fieles hijos de la hija primogénita de la Iglesia, á estos patronos y á estos obreros buscar así en una religioso expansion de fé y de amor, estrechar más y más los lazos que la unen desde hace tantos siglos á su Madre común, la Santa Iglesia Romana; y por otra parte, nada hay tan fecundo y rico en resultados para el porvenir. Esto es, sin duda alguna un fruto de ese espíritu que inspira cuando quiere y donde quiere á las naciones como á los individuos; y Nos sabemos que Dios no deja nunca imperfectas sus obras. Pero, amadísimos hijos, como acabamos de oír, un sentimiento más especial os trae hoy á Nuestros pies.

Vosotros os interesais por expresarnos de viva voz vuestra filial gratitud por la palabra apostólica que Nos hemos comunicado recientemente al mundo en vuestro favor. Nos agradecemos de todo corazón vuestras felicitaciones, y Nos congratulamos de haber podido, mediante este acto de Nuestro cargo de Pastor universal de las almas, contribuir así eficazmente á la elevacion de las clases obreras.

Vuestras felicitaciones, por lo demás, son para Nos primicias, pues vosotros sois los primeros representantes de esos trabajadores que Nos recibimos desde la publicacion de nuestra Encíclica, y estos re-